

Alerce

N° 90, febrero de 2022. Sociedad de Escritores de Chile. Director: David Hevia.

Alberto Díaz Parra: el verso es palabra, música y plástica

Artista visual, músico, poeta y activo dirigente de organizaciones en las que se articulan los creadores —entre ellas la Apech y la Sech—, Alberto Díaz Parra (Santiago, 1955) se traslada en 1996 a Iquique, desde donde realiza el proyecto *Caravanas literarias en Tarapacá*, a partir del cual desarrolla un quehacer territorial que trasciende fronteras y suma a Argentina, Perú y Bolivia. Su poesía, antologada en revistas y otras publicaciones, ya ha visto salir de imprenta el volumen *Atardecer en blue* (2021) y, ahora, *Delirios y delirancias*, una enriquecedora apuesta estética que desliza la cosmovisión del autor reuniendo sílaba, corchea y trazo en versos como los que *Alerce* comparte aquí con sus lectores.

I

Un ave rapaz, se cuela bajo
tus piernas arreboladas
rasgando vicisitudes y albedríos

Indómita, gimes horizontes
de distancias anaranjadas
como un pez abisal expuesto
a las verdes arenas del Caribe

II

Aterrada por el rugir
de una mariposa nocturna
te revuelcas en mermelada

Abrigándote con muérdagos estofados
que agitan temblores sucesos
en tu garganta plena de ajos rojos

III

Mentón en alto, peluca al vuelo
el seguro y frío gesto,
desata el espanto de chiruzkas
en el desierto de Atacama



IV

A trazos de machete dibuja a la muerte

Esta, agazapada al fondo del árbol
espera la procesión de gusanos
para salir al tiempo de la cigarra

V

Caen moscas a mi taza de café
el revuelo de alas batientes
ensordece la campiña

Los guepardos corren asustados
en busca de la niña del vestido de seda rosa

VI

Acres notas emergen del saxofón
acallando el discurso del presidente

A este, su piel comienza a mancharse
con grafos leopardinos

Toma su cola y hace mutis
por la puerta verde

VII

Remolino de negros pájaros
desesperados en la búsqueda
de brahmanes alcoholizados

Se detienen fascinados a la vista de las jirafas
errantes del Opíparo Ginofonte

XXII

Con encantador recato
la joven desnuda

Se sumerge en las portentosas
flores del agave azul

Una noche emerge en un soneto

XXIII

Una araña melancólica
Teje suspiros de nicotina

XXIV

Jineteando langostas
Las multitudes bajan
por el río Mapocho
En busca del Becerro de Oropondio

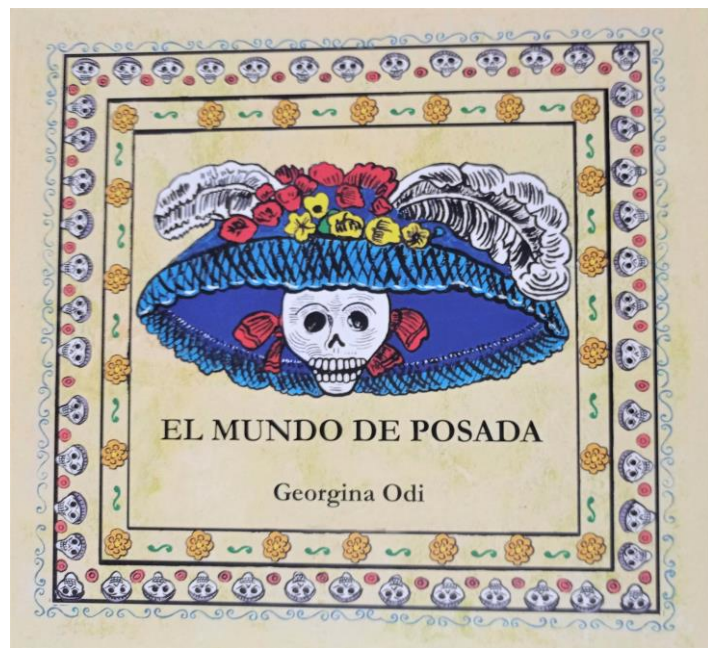
XXV

Un Jote de cabeza colorada
posado en el mástil
De la réplica
de la Goleta Esmeralda

Reflexiona sobre la conducta
del Capitán Prat

Desciende y continúa
devorando un lobo muerto

Alberto Díaz Parra



El mundo de Posada, un cuento de Georgina Odi que tributa al gran artista

Nacida en Orizaba, Veracruz, y residente en Chile, Georgina Odi es una economista, escritora e ilustradora que ha desplegado parte importante de su quehacer a promover la cultura en sus más diversas manifestaciones. Integrante de la Sociedad de Escritores de Chile, del Taller Memoria Viva y de la Academia Chilena de Literatura Infantil y Juvenil, es además parte del Voluntariado del Museo Nacional de Bellas Artes. Precisamente a propósito de ese espacio, concibió el relato *La visita*, un texto que invita a la infancia a recorrer sus pasillos y obras, aportando herramientas de contexto histórico y valoración estética. Un objetivo semejante, en clave lúdica y potente pedagogía, da vida al libro-álbum *La casa de la niña del aro*. En palabras del embajador de México en nuestro país, Francisco Olavarría, la narradora “ha dejado aquí una huella de su formación tan amplia”.

Recientemente, Georgina Odi presentó, en las dependencias del Museo Artequin, *El mundo de Posada*, una obra donde certeras palabras y bellos dibujos conducen a la protagonista, Jacinta, a través del trabajo plástico del destacado ilustrador y grabador mexicano José Guadalupe Posada. Con un lenguaje ameno y una tensión narrativa eficaz, la historia lleva a la muchacha, gracias a un mágico transportador, hasta las más emblemáticas creaciones del artista, incluidas *Las calaveras ciclistas*, *Los buenos valedores* y, por supuesto, *La calavera garbancera*, conocida universalmente como *La Catrina*, nombre con el cual la bautizó Diego Rivera, quien, asimismo, la representó en su mural *Sueño de una tarde dominical en la Alameda Central* (1947). El libro consigue empalmar en los diálogos el pulso de Posada, convirtiendo en personajes diversas figuras icónicas surgidas de su trazo. “Toma tu tiempo en la vida, / que al final regresarás”, aconseja en verso Catrina a Jacinta, hacia el cierre de un relato que aborda reflexiones existenciales y da nuevos bríos al tópico del *carpe diem*.

Oriundo de Aguascalientes, José Guadalupe Posada Aguilar (1852-1913) alcanzó amplia celebridad por retratar escenas costumbristas, folclóricas, de crítica socio-política y, en particular, por ilustrar *calacas* o *calaveras*. Agudo ilustrador en diversos periódicos, desde el estallido de la Revolución Mexicana de 1910, hasta su muerte, en 1913, trabajó intensamente en la prensa dirigida a los trabajadores.



Lenka Franulic y la señera traducción que se impuso frente a los censores de *Las olas*

David Hevia

El 8 de octubre de 1931 Virginia Woolf publicaba su más experimental novela, *Las olas*, que se convertiría en una de las cumbres de la literatura contemporánea. La obra, de bellísima musicalidad y desplegando de manera barroca la corriente de la conciencia, se propagó rápidamente por Europa y buena parte del mundo, aunque debió esperar varios años por una traducción al castellano. La fuente habitual para una versión en esa lengua procedía de España, no solo por razones idiomáticas, sino también por la cercanía que habían cultivado con la Península referentes intelectuales como el Grupo de Bloomsbury y la Generación Perdida. Sin embargo, si la Guerra Civil dejó sentir su impacto sobre la actividad editorial, la dictadura de Franco dejó caer sus garras concretamente sobre ese título de la gran narradora británica. Así, mientras en 1928 la Revista de Occidente, bajo la dirección de su fundador, José Ortega y Gasset, apuntaba a Woolf como “una voz sutil y autorizada”, cuya pluma sería un “clásico de mañana”, el régimen fascista instalado en 1939 suprimía los esfuerzos por divulgar la emblemática pieza de prosa poética de la creadora.

Por cierto, la inquisición franquista no contaba con los lazos que mantenía la autora en América Latina. El más fuerte de ellos, mantenido con Victoria Ocampo, permitió que desde Argentina salieran de la imprenta de la Revista Sur, vertidos al castellano por Jorge Luis Borges, el icónico ensayo *Un cuarto propio* y la notable novela *Orlando*, en 1936 y 1937, respectivamente. De allí a que la tarea cruzara la cordillera no pasarían más de tres años, y fue así como en 1940 la destacada escritora y periodista chilena Lenka Franulic publicó, con editorial Ercilla, la primera edición en español de *Las olas*. La traducción, que respeta fielmente el sentido y la cadencia del texto original, esparció su tiraje a través del territorio nacional y muy pronto traspasó las fronteras, convirtiéndose el volumen en una joya que transitaba por América Latina. Poco después, en España, entre 1944 y 1947, la censura permitió publicar *Flush*, *El cuarto de Jacob*, *Fin de viaje* y *Noche y día*, e incluso importar, desde Buenos Aires, *Al faro* y *La señora Dalloway*, en 1944 y 1945, respectivamente, pero el rechazo a *Las olas* fue sistemático. En 1953, el editor Fernando Baeza solicitó autorización para publicar una antología de la novela inglesa, que incluía la citada obra de Woolf, pero esta recibió múltiples tachaduras que frenaron la iniciativa.



Ya en 1957, editorial Janés pidió permiso para llevar a imprenta 3.200 ejemplares de la novela en castellano. En la cima de lo insólito, una de las censores indicó, en el comentario que hizo del original, un detalle “importante” sobre la conducta de los personajes: “Chicos y chicas que viven desde sus primeros años en una aldea común. La novelista va perfilando sus pensamientos y reacciones, según va surgiendo la edad con sus diferencias. Uno de los muchachos besa en una ocasión a una chica. Otra al verlo se pone celosa”. Y otro censor puso la lápida al proyecto, con 29 tachaduras y esta observación: “Es sumamente difícil resumir el espíritu de este libro; es una novela fuera de serie, a veces amargamente existencialista, a veces romántica, en todo caso rezumante de una rara sensualidad, oscura, ininteligible”. Entre los pasajes que impidieron la publicación figura este: “Voy de casa en casa, cual los frailes de la Edad Media que engatusaban a las viudas y a las doncellas con abalorios y baladas”. Para entonces, Ercilla, con una segunda edición, había llegado a todo el mundo hispanoparlante, por lo que en 1972 la censura era inútil y ese año fue levantada. Pronto caería la dictadura de Franco, y tiempo después, en Chile, un nuevo volumen con la traducción de Franulic, esta vez a cargo de Zig-Zag, vería la luz en 1991. Aquí transcribimos el precioso comienzo de la primera versión en castellano:

El sol no había nacido todavía. Hubiera sido imposible distinguir el mar del cielo, excepto por los mil pliegues ligeros de las ondas que le hacían semejar a una tela arrugada. Poco a poco, a medida que una palidez se extendía por el cielo, una franja sombría separó en el horizonte al cielo del mar, y la inmensa tela gris se rayó con grandes líneas que se movían debajo de su superficie, siguiéndose una a otra persiguiéndose en un ritmo sin fin.

Al aproximarse a la orilla, cada una de ellas adquiría forma, se hinchaba y se rompía arrojando sobre la arena un delgado velo de blanca espuma. La ola se detenía para alzarse enseguida nuevamente, suspirando como una criatura dormida cuya respiración va y viene inconscientemente. Poco a poco, la franja oscura del horizonte se aclaró: se hubiera dicho un sedimento depositado en el fondo de una vieja botella, dejando al cristal su transparencia verde. En el fondo, el cielo también se hizo translúcido, cual si el sedimento blanco se hubiera desprendido o cual si el brazo de una mujer tendida debajo del horizonte hubiera alzado una lámpara, y bandas blancas, amarillas y verdes se alargaron sobre el cielo, igual que las varillas de un abanico. Enseguida la mujer alzó más alto su lámpara y el aire pareció dividirse en fibras, desprenderse de la verde superficie en una palpación ardiente de fibras amarillas y rojas, como los resplandores humeantes de un fuego de alegría. Poco a poco las fibras se fundieron en un solo fluido, en una sola incandescencia que levantó la pesada cobertura gris del cielo transformándola en un millón de átomos de un azul tierno. La superficie del mar fue adquiriendo gradualmente transparencia y yació ondulando y despidiendo destellos hasta que las franjas oscuras desaparecieron casi totalmente. El brazo que sostenía la lámpara se alzó todavía más, lentamente, se alzó más y más alto, hasta que una inmensa llama se hizo visible: un arco de fuego ardió en el borde del horizonte, y a su alrededor el mar ya no fue sino una sola extensión de oro. La luz golpeó sucesivamente los árboles del jardín iluminando una tras otra las hojas, que se tornaron transparentes. Un pájaro gorjeó muy alto; hubo una pausa: más abajo, otro pájaro repitió su gorjeo. El sol utilizó las paredes de la casa y se apoyó, como la punta de un abanico, sobre una persiana blanca; el dedo del sol marcó sombras azules en el arbusto junto a la ventana del dormitorio. La persiana se estremeció dulcemente. Pero todo en la casa continuó siendo vago e insubstancial. Afuera, los pájaros cantaban sus vacías melodías.



Qué es ver en literatura

Hace ya un tiempo, el poeta y ensayista chileno David Hevia me hizo una entrevista en su programa Barco de Papel, que emite Radio Nuevo Mundo. En esa ocasión me preguntó por el proceso creativo en un escritor ciego. La respuesta que ofrecí no me dejó conforme, y he seguido pensando en el asunto. La escritora estadounidense Flannery O'Connor sostiene: “Para el escritor de ficciones, en el ojo se encuentra la vara con que ha de medirse cada cosa; y el ojo es un órgano que además de abarcar cuanto se puede ver del mundo, compromete con frecuencia nuestra personalidad entera. Involucra, por ejemplo, nuestra facultad de juzgar. Juzgar es un acto que tiene su origen en el acto de ver”.

De ser así, no podría haber escritores ciegos. Sin embargo, si interpretamos la afirmación de O'Connor de manera amplia, o más flexible, podemos concluir que tiene razón. Componer un poema, un cuento o una novela es una forma de ver; como quien dice, una visión, una imagen en palabras. Ver es también observar, evaluar, comparar, etc., y esto no solo puede hacerse con el ojo; puede efectuarse con el pensamiento, lo que podríamos calificar, con una metáfora nada original, como el gran ojo de la mente. El excelente escritor italiano Leonardo Sciascia, en su obra *El día de la lechuza*, desliza una frase que más o menos, dice: quién sabe qué estaría mirando con sus pensamientos. Se trata precisamente de eso, de mirar, de ver con los pensamientos. Siendo esto cierto (yo creo que lo es), aceptamos y comprendemos mejor a autores como John Milton, James Joyce o Borges. Claro que, en el caso de ellos, es necesario recordar que empezaron a perder el sentido de la vista en etapas posteriores de su vida, por lo que tenían, en la memoria y en el inconsciente, un inventario de formas, colores y otros datos visuales. La única persona ciega de nacimiento que puedo citar como escritor es la norteamericana Helen Keller, que además padecía sordera. Debo confesar que no he leído obras de ella, de modo que no puedo dar una opinión más acabada, pero no tengo duda de que tanto en la persona invidente como en la que posee visión normal la configuración de la memoria y la acumulación de experiencia y conocimientos se da de manera análoga, aunque varían los grados de esfuerzo. Por último, pienso que la creación literaria se basa, sobre todo, en la memoria, las emociones y la imaginación, por lo que diría que, en lugar de escritor, debiéramos hablar de fabulador. La escritura, como un sistema de signos plasmados en una superficie relativamente estable, no es más que una modalidad y una herramienta; no olvidemos que los primeros narradores fueron orales.

Jorge Muñoz Gallardo